

“acontecimientos de la capital. Mi presencia en él no
 “habría servido más que para aumentar los elementos de
 “anarquía que á toda prisa se desarrollaban, y yo no po-
 “día contar con fuerzas bastantes para estirparlos.

“Por estas razones, y por otras muchas que de ellas se
 “desprenden, después de haberlo meditado bien, y des-
 “pués de una penosa lucha con mis sentimientos de ami-
 “go, de patriota y de soldado, tomé la dolorosa resolu-
 “ción de espatriarme; y lo verifiqué con la convicción de
 “que era este el único sacrificio que podía hacer en
 “aquellos momentos por mi desgraciada patria.”

El sacrificio era doloroso. Comonfort pertenece á esa clase de hombres que concentran todos sus afectos en la patria, en la familia y en los amigos; y al abandonar todo esto, su corazón se comprimó. Aquel hombre que parecía de hierro; que había arrostrado con impavidez tantos peligros, que había sufrido con serenidad tantos trabajos, que nunca se había dejado abatir por los contratiempos ni por las persecuciones de que había sido víctima, derramó lágrimas al despedirse de su tierra natal y de los amigos que dejaba en ella.

Comonfort se embarcó en Veracruz el 7 de Febrero, y pasó á los Estados Unidos, donde fijó su residencia por entonces.

CAPITULO DOCE.

Circunstancias personales de Comonfort.—Influjo de ellas en su conducta pública.—Sencillez de sus costumbres.—Popularidad que alcanzó.—Hechos que la demostraron.—Sus cualidades y sus defectos.—Carácter de sus reformas.—Carácter de las resistencias.—La revolución de nuestro siglo.—Sistema de resistencia absoluta.—Necesidad de la reforma.—Lucha de Comonfort con la reacción.—Crimen atroz cometido por el fanatismo.—Fortuna y desgracia de Comonfort.—Injusticia con que fué tratado.—Sus errores.—Su despreocupación.—Sus principios y su pensamiento de gobierno.—Conclusion.

Hemos terminado la relación que nos propusimos hacer: pero nuestra tarea quedaria incompleta, si no redujeramos á breve espacio las observaciones á que dan lugar los acontecimientos del periodo que hemos recorrido, porque esto es necesario para que se vea de un golpe el carácter de las reformas que entonces se emprendieron, y el de las resistencias que encontraron. Mas como todo lo que pasó en aquella época, recibió especialmente su carácter de los sentimientos y circunstancias personales

de Comonfort, es indispensable que algunos permenores relativos á este punto tengan lugar en el cuadro que nos proponemos trazar en el presente capítulo; y con esto aspiramos tambien á satisfacer la curiosidad que naturalmente escita un hombre que tanto ha figurado en los destinos de su pais, y que ha sido por esta razon el principal personage de la relacion que hemos hecho.

El General Comonfort tiene ahora unos cuarenta y seis años, y parece hallarse en aquel periodo de la vida, en que, desarrolladas por completo todas las facultades físicas é intelectuales del hombre, se juntan en él, con el vigor de la juventud, la prudencia y la reflexion de la edad madura. Es de estatura elevada, de presencia varonil, y de continente reposado y grave: dotado de una constitucion robusta y vigorosa, encuentra placer en los ejercicios de fuerza y destreza, gusta de egercitarse en el manejo de las armas, y puede facilmente soportar los trabajos mas duros. En su semblante, algo tostado por el sol y por las inclemencias, se descubre á primera vista un rasgo de severidad, que desaparece al punto, dominado por otros rasgos mas fuertes de blandura y de melancolia: es un tipo original completado por una ligera inclinacion de cabeza hácia el hombro derecho, y por esta razon su peculiar fisonomía se ha reproducido siempre con cierta exactitud en sus retratos. Los rasgos distintivos de su carácter son la amabilidad y la dulzura: tiene una fuerza admirable para disimular sus sentimientos y dominar sus pasiones, y nunca se le vé aban-

donarse á los extremos de una alegría estrepitosa, ni entregarse ciegamente á un arrebato de ira. Es valiente y sereno en los peligros, sufrido en los trabajos, firme en sus propósitos, algo tardo y vacilante en sus resoluciones, pero enérgico para llevarlas á cabo, una vez tomadas. Modesto en todo, hay una notable sencillez en su porte y en sus hábitos, aunque siempre se advierte cierto primor en todo lo perteneciente á su persona. Es desprendido y generoso, y pasaría por espléndido si pudieran serlo los que no poseen una gran fortuna. Tolerante hasta el extremo con las opiniones ajenas, perdona facilmente las injurias, y no guarda rencor á sus enemigos. Aunque no insensible á los halagos de la popularidad y de la gloria, prefiere á esto los encantos de la vida privada, y las satisfacciones íntimas del hogar doméstico y de la familia. Gusta de entretenerse con los niños, porque su inocencia le compensa de la malicia que ha encontrado en los hombres; y cuando negocios graves no le ocupan, sus horas de desahogo estan siempre consagradas á los entretenimientos mas inocentes. En fin, es sinceramente religioso; ama la religion de sus padres, y no quiere otra para su pais, aunque no puede comprender la violencia, la coaccion y las persecuciones de la intolerancia bajo ninguna forma.

Estas cualidades del hombre privado se revelaron siempre en el hombre público, y no se desmintieron ni en los dias de su poder y de su gloria, cuando podian haberle desvanecido las ovaciones populares de que era objeto.

En medio de ellas, y cuando resonaba el espacio con los aplausos tribudados á su nombre, el pueblo le veía pasar en las ceremonias públicas y en las grandes paradas, vestido sencillamente de negro y sin ningun distintivo, rodeado de los generales y altos funcionarios que ostentaban vistosos uniformes y magníficos trages. Solamente un día, el 27 de Setiembre de 1857, aniversario de la entrada en Méjico del egército trigarante, se presentó de gran gala en la procesion cívica, "porque es preciso, dijo el, hacer honor al egército y á la memoria del Sr. Iturbide; no sea, añadió graciosamente, que si voy vestido de paisano, me tengan por demagogo."

En las largas temporadas de sobresalto y de alarma, que hubo durante su gobierno, cuando cada sol que salia le anunciaba una nueva conspiracion, y cada noche le pronosticaba una muerte desastrosa á manos de los conjurados, pasó semanas enteras sin desnudarse, velando incesantemente por el órden público, y despuntando el sueño recostado en un sofá ó en una silla: pero nunca perdía su serenidad habitual ni su calma en aquellos casos, ni le faltaban frases oportunas con que hacer llevaderas aquellas vigiliias al comandante general, al gobernador, ó á cualquiera otra de las autoridades que solian acompañarle en ellas.

Consagrado enteramente al despacho de los negocios y á mirar por los intereses de la paz pública, no queriendo negar nunca el amparo de la autoridad á los que le

solicitaban, y pronto siempre á escuchar á cuantos querian hablarle, casi nunca pudo establecer un arreglo en su método de vida: dias enteros se le pasaban sin tomar alimento, y tenia que pedir algo de comer á la una ó las dos de la mañana cuando quedaba libre; y casi siempre prolongaba su trabajo hasta horas muy avanzadas de la noche, robandoselas al sueño y al descanso.

Cuando encontraba una corta tregua en aquella tarea incesante y fatigosa, y podia evadirse para respirar libremente algunos momentos, bajaba por una escalera escusada de Palacio, salia envuelto en su capa sin que lo echáran de ver guardias ni centinelas, é iba á visitar á su madre á quien ama y venera como buen hijo, y á sus hijas á quienes cuida y educa como padre solícito y cariñoso: otras veces daba una vuelta por las calles, y alguna vez se presentaba en el teatro como cualquiera particular.

Mientras tuvo su residencia en Tacubaya, solia andar el camino entre aquella villa y la ciudad, no solo sin escolta ni ningun otro aparato correspondiente á su posicion, sino enteramente solo en su coche; y cuando era de dia, tomaba por las calles mas estraviadas para sustraerse á la curiosidad de la multitud.

Esta inalterable serenidad con que salia y se presentaba en todas partes, solo y á deshora, en una época en que se le tendian tantas asechanzas y se conspiraba con tanto

ardor para perderle, causaba profunda inquietud á sus amigos, los cuales le aconsejaban que fuera mas precavido para no esponerse á ser víctima de algun atentado; pero á él jamás le ocurrió que fuera posible semejante cosa, ni aquellas indicaciones le hicieron cambiar en nada sus hábitos de sencillez y de modestia. Una vez que tenia que asistir á un gran banquete popular, que se dió en la Calzada de la Piedad de Méjico, corrió la voz de que le habian de asesinar allí durante la comida, y sus amigos tomaron grande empeño porque no se presentára en ella: sin embargo, él asistió, y no solo estuvo tranquilo en el banquete, sino con el contento y la satisfaccion que requería aquel obsequio. El mismo consejo le dieron, y aun con mas ahínco, pero tambien en vano, otro día que asistió á la distribucion de premios en la Alameda por la esposicion de flores y frutas, porque se habia dicho que estaba preparado todo para asesinarle durante aquella ceremonia. Generalmente oía con disgusto las conversaciones que se movian en su presencia sobre este particular, y cuando mas contestaba:—"Si me asesinan, ¡cómo ha de ser! moriré en mi puesto." Otras veces solia decir en tono algo severo, para que no continuára la conversacion: "Esos no son mas que rumores de gente ociosa: nuestros partidos políticos no asesinan; y los pocos desalmados que quisieran cometer ese crimen, no se atreven."

Aunque tiene inclinaciones y prendas de soldado, como lo acreditan sus hechos, y aunque por lo mismo arrostra con sangre fria los peligros de la guerra y no le atemori-

zan los destrozos de las batallas, mira con profunda aversion las guerras civiles, le atribula en sumo grado la sangre que se derrama en ellas, y le causan sobre todo un horror invencible las egecuciones por delitos políticos. Por eso se le vió siempre triste y desconsolado en los días de sus mejores triunfos, y nunca permitió que estos se celebráran con salvas y repiques, no obstante que algunos fueron espléndidos, y vinieron á salvar situaciones verdaderamente desesperadas. Esta noble y humana conducta contrasta notablemente con la de sus enemigos, que antes y despues de su administracion, no han cesado de entregarse á demostraciones de júbilo por cualquiera ventaja obtenida en la guerra, como si no se acordáran de que es una lucha fratricida, en que se destrozan unos á otros los hermanos. Comonfort dijo el mismo día que entró en Puebla, triunfante de la primera reaccion, y repitió despues muchas veces:—"Victorias que tanto cuestan, solo con lágrimas debieran celebrarse."

Todos estos rasgos de bondad, de modestia y de mansedumbre, eran apropósito para cautivar el afecto público: pero cuando se recordaba que estas simpáticas cualidades residian en aquel hombre al lado de las virtudes de un guerrero; cuando se traían á la memoria sus hechos de armas durante la revolucion de Ayutla, y se consideraba que aquel Presidente, tan sencillo en su trato, tan afable y tan complaciente con todos, era el mismo caudillo que en 1854 habia hecho frente en Acapulco á mas de cinco mil hombres con menos de quinientos; el mismo que en

1855 habia tomado á Zapotlan bajo una nube de balas enemigas; el mismo que en 1856 habia dejado atónitos á los mas valientes en la campaña de Puebla, el afecto del pueblo se convertia en entusiasmo, y el entusiasmo rayaba á veces en delirio. Alcanzó pues Comonfort una popularidad inmensa; y no solo cautivó á los partidarios de la causa que sostenia, sino que se atrajo la admiracion de todas las personas imparciales, que no estaban apasionadas por el espíritu de partido, aunque no tuvieran simpatías por la política del gobierno.

Esto explica la singular fortuna que tuvo Comonfort para saber á tiempo todo lo que se hacia en su daño, y todas las conspiraciones que se tramaron contra su administracion, porque siempre hubo personas que le anunciaron los peligros para que pudiera evitarlos, cuando no se le revelaban por medios al parecer casuales, que pasaron, por ser tan repetidos, por disposiciones de la Providencia.

Por una de estas raras casualidades supo que un exministro de Santa Anna habia sido el autor de uno de los papeles clandestinos que se publicaron entonces. Recostado en el barandal de un balcon, oía indiferentemente un empleado de Palacio la conversacion de un palafrenero y de una muger; y habiendo escitado su curiosidad algunas palabras que parecian referirse á las cosas de la política, llamó al criado, y le preguntó de que estaba hablando. Dijo el palafrenero que aquella muger era su herma-

na, que estaba sirviendo en casa del Sr. Fulano (dijo el nombre de uno de los ministros de Santa Anna), y que le contaba que en aquella casa se habia leído delante de la familia y de varios amigos, un largo manuscrito que habia escitado grande algazara entre ellos, que la lectura habia sido á cada rato interrumpida con risas y aplausos, y que le parecia que en aquel papel se hablaba muy mal del Sr. Presidente. Dijo despues la muger que el que habia leído el manuscrito, era un señor que visitaba con frecuencia á sus amos, siempre de noche y en ademan recatado, como si viviera escondido; y dió en seguida tales señas de aquella persona, que fué fácil venir en conocimiento de que era otro de los ministros del dictador. Contó el empleado estos pormenores al Presidente; y pocos dias despues se encontraron desparramados por las calles de la ciudad infinitos ejemplares de un papel impreso, en forma de carta dirigida á Comonfort. Cuando se le presentaron á este, dijo al punto:—"Esto es obra de Fulano." Era un libelo infamatorio, compendio de las mas atroces calumnias y de los mas horrendos ultrages con que se puede ofender á un hombre. Comonfort tuvo despues otras pruebas que no le dejaron sobre el particular la menor duda; y sin embargo, respetó el asilo de los que tan cruelmente pretendian afrentarle.

No fueron menos extraordinarios los medios por que algunas veces se descubrieron las tentativas de conspiracion. Hallábanse una noche reunidas en una casa de San Angel varias familias de las que estaban pasando en aquel

pueblo la temporada del verano. La noche estaba deliciosa, y varias señoras de la tertulia salieron á dar un paseo por la plaza. Dos de ellas traxeron conversacion, y despues de hablar un rato de cosas indiferentes, fueron á parar en el principal asunto del dia, que eran los trastornos públicos. La una dijo que el gobierno de Comonfort no duraria ya mucho tiempo, porque ella sabia bien que habia un plan organizado para derribarle, y que dentro de pocos dias iba á estallar una gran conspiracion, en que tomarian parte varias personas de cuenta que nombró en el acto. La otra, que por su edad y por su sexo era enteramente estraña á la política, escuchó con suma indiferencia las primeras palabras de su interlocutora; mas cuando oyó hablar de revolucion, se estremeció con la idea de los peligros que podia correr en ella un individuo que la inspiraba tierno interés. Refirióle pues lo que habia oido, y él, que era partidario del gobiernó, lo puso en noticia de este; y sirviendo de base á nuevas pesquisas las indicaciones de aquella conversacion, pudo descubrirse y desbaratarse una de las conspiraciones mas formidables de la época.

Así fué como pudo Comonfort prevenir las continuas asechanzas de sus enemigos, debiendo esta fortuna á las simpatias que inspiraba, ó á una especial proteccion del cielo, no á los cuidados ni á la organizacion de la policia secreta, á cuyo ramo nunca quiso ni pudo destinar sino muy escasos fondos, porque aquel hombre tan pródigo como particular, vivió siempre como gobernante con tan-

ta economia y estrechez, que causó la admiracion de todos los que lo vieron.

El general Comonfort tiene como todos los hombres los defectos de sus cualidades; pero estos defectos han sido exagerados por sus enemigos, y aun por los imparciales que no han aprobado su política, como no podia menos de suceder tratándose de un personage en torno del cual se han agitado tantas pasiones, tantos intereses y tantas opiniones distintas. Su inalterable afabilidad para hablar con todos, fueran amigos ó enemigos, y para tratar con calma de asuntos que no podian menos de causarle enojo, dió lugar á que muchos le tuvieran por falso: pero en realidad esta tacha no fué sino invencion del espíritu de partido, que se empeñó en echar á mala parte hasta lo bueno que encontraba en él. Es en efecto indudable que aquel dominio sobre sí mismo honraba á Comonfort como hombre privado, puesto que procedia de su carácter bondadoso, mientras que como hombre público le acreditaba de discreto y prudente, una vez que su disimulo le proporcionaba la ocasion de oir las encontradas opiniones de los que llegaban á su presencia, para formar juicio de los hombres y de las cosas, y aprovecharse de este conocimiento en las difíciles circunstancias en que se encontraba. Si alguna vez se le hubiera visto hacer traicion á sus opiniones delante de los que las combatian, ó fingir que profesaba las de las personas que le hablaban, el cargo de falsedad sería fundado; pero hacersele porque no rechazaba bruscamente á los que tenian

un parecer opuesto al suyo, y porque en vez de esto, mostraba respeto y tolerancia con las opiniones ajenas, fué llevar hasta el último extremo la injusticia de los ataques.

Algunos han dicho que si hubiera desplegado mas energia, habria vencido á sus contrarios, y habria hecho triunfar en Méjico la causa de la reforma. Este es un error que los acontecimientos de la época hicieron patente: Doblado en Guanajuato, Traconis y Alatríste en Puebla, desplegaron esa energia que en Comonfort se echó de menos; y sin embargo, Guanajuato y Puebla fueron los Estados donde las resistencias fueron mas tenaces, donde hubo mas conspiraciones, y donde la reaccion encontró mas proselitos. Es verdad sin embargo, que el carácter dominante de Comonfort no es la energia revolucionaria, y que bajo este respecto siempre habria dejado mucho que desear á los que creen que hay justicia para imponer á viva fuerza y á cualquier costa los principios que proclaman. Pero hay que añadir tambien, que este sistema de rigidez y de violencia no entró en sus propósitos, supuesto que la base de su política fué un pensamiento conciliador, como se ha visto ya, y que á este pensamiento estuvieron subordinadas sus tentativas reformadoras. Por eso hemos indicado al empezar este capítulo, que en los actos públicos de Comonfort, y en los acontecimientos de su época, se reflejó de una manera especial el carácter de sus sentimientos y de sus circunstancias personales.

El General Comonfort quiso hacer en Méjico por medios suaves, lo que en otros países suele hacerse por medios violentos; lo que de un modo ó de otro se ha de hacer allí tarde ó temprano, como en todos los pueblos de la tierra, porque así lo quiere Dios, ó así lo permite, sin que ninguna fuerza humana sea capaz de evitarlo.

La revolucion de nuestro siglo es un hecho providencial, como todos los grandes hechos de la historia. Si viene del cielo ó del infierno, si es obra de Dios ó de Satanás, si es una bendicion ó un anatema, son cuestiones que estan ventilando todavia los hombres del pasado y los hombres del porvenir, pero cuya resolucion no hace á nuestro proposito. Lo que nosotros vemos es que mientras ellos discuten, esa revolucion avanza sin detenerse un instante, venciendo todas las resistencias, allanando todos los obstáculos y derribando todos los muros que se le oponen; que se realiza en todos los pueblos, penetra en todos los climas, influye en todas las razas, y vá por todas partes cambiando ó aniquilando instituciones, leyes y costumbres; que no han podido atajarle el paso las resistencias mas fuertes, los intereses mas poderosos ni las combinaciones mas hábiles, como si la guiara una inteligencia superior á la de todos los sabios, como si la apoyára un brazo mas fuerte que el de todos los poderosos, y como si con ella se ligára un interés mas grande que todos los intereses conocidos. Esto es lo que vemos; y vemos ademas, que esa revolucion, vencedora de todos los esfuerzos combinados contra ella, vive y se propaga por el mundo, á